

Señor Rector, autoridades, queridos compañeros y amigos, hermanos en el aula y en la vida, señoras y señores:

Se me ha hecho el regalo y el inmerecido honor de hacer uso de la palabra para compartir entre todos la celebración de este reencuentro especial, medio siglo después de despedirnos de estas aulas rumbo a la vida adulta.

Nos fuimos de ésta, nuestra *alma mater*, que fue y sigue siendo la fuente de entrañables y de también divertidos recuerdos, impregnados y marcados por la educación de excelencia que tuvimos el privilegio de recibir. Para ninguno de nosotros los años pasados en el Colegio fueron vanos: todos hemos llevado y exhibido con orgullo el distinguido sello de bachilleres del Colegio Nacional de Buenos Aires. Se nos puso la simiente del interés intelectual, de la especulación científica, de la apreciación artística, del razonamiento crítico. La gran mayoría de nosotros concluyó una carrera universitaria, algunos más de una, y se distinguió en ella en el país o fuera de él; o abrazó una vida intelectual, de docencia e investigación; o se dedicó a tareas productivas. Se nos mostró el ancho y variado mundo del conocimiento, se despertaron nuestras inquietudes, se nos dieron los instrumentos, se nos enseñó a estudiar y a cumplir con el deber.

Hoy no está ya [casi] ninguno de nuestros maestros, y también faltan muchos de nuestros compañeros, porque se han ido para siempre o porque los aqueja algún mal propio de nuestra edad, o porque están demasiado lejos para venir. Pero todos ellos están con nosotros en el recuerdo emocionado y en la solemnidad de este momento.

Empero, no deseo dedicar estos escasos minutos sólo a una bienvenida o al rememorar nostálgico, sino también a decir algo que, no por conocido, deja de ser siempre importante de recordar: me refiero a los entresijos más profundos del significado de este Colegio.

Cuando esta institución primero se creó como Real Colegio de San Carlos, la Argentina era todavía una dependencia colonial de España y faltaban décadas para la Revolución Francesa. En un país en el cual parece imposible fundar algo permanente, porque casi todo es contagiado por la cualidad de lo efímero, y se evapora en tiempo tan escaso que parecen sólo minutos en el devenir de la historia, visto desde hoy, parece increíble que exista una institución como ésta, que en casi dos siglos y medio se ha mantenido incólume como sede de la vanguardia educativa, como el colegio en el que casi todos quisieran estar o haber estado, y que ha sido un polo de referencia para el equilibrio, en contrapunto con los rumbos ideológicos casi caóticos que, a veces se sucedieron, y otras se superpusieron, en nuestra nación.

Algunos creen casi imposible que exista una institución así. A no dudarlo, es uno de los buques insignia de la República. Es cierto: como todo, ha tenido sus horas. Pero es innegable que lleva la simiente de un permanente resurgir como ámbito democrático de una temprana elite intelectual, elite sólo y desde siempre por el mérito, como se impone universalmente en la competencia académica moderna. A este barco sólo se sube por mérito propio y, luego de un extenso tránsito por la excelencia, que en nuestros tiempos se llamaba también exigencia, sólo se sale titulado por mérito.

Para mantener estas cualidades a través de tanta historia, de tanta mutación social, cultural y política, se requiere de una dirigencia inteligente, atenta a la realidad de cada tiempo, suficientemente flexible como para aceptar con tolerancia el cambio y las nuevas ideas, para reconocer el talento y la energía que se esconden en el interior de la rebeldía adolescente, pero guiando el camino con autoridad docente y hasta con la severidad necesaria para filtrar el desatino, el valor escaso de lo sólo circunstancial, para rechazar la prepotencia, y bajar a su lugar a la mera frivolidad.

Nuestra promoción fue testigo de acentuados cambios. Junto con nuestra entrada en primer año, en 1956, el Colegio admitió por primera vez profesoras mujeres. Tres años más tarde pudieron inscribirse las primeras alumnas. El cambio y la apertura en la Universidad de Buenos Aires de aquellos años nos hizo conocer, ya desde pequeños, los beneficios de que el Colegio forme parte de ella, y de pasar nuestro tiempo de estudio en lo que tal vez fueron sus mejores años jamás. La universidad y nuestro Colegio no cedieron a la tentación de la inercia burocrática.

También vivimos y participamos de escaramuzas y enfrentamientos, no importa de qué lado. Pero eran grandes luchas por causas grandes, como la histórica de la enseñanza laica o libre, palabras que, por cierto, simplificaban la dimensión de lo que estaba en juego. No eran cuestiones menores ni baladíes, ni ajenas a la educación, ni puro discurso de barricada, ni respondían a intereses sectoriales, ni eran intentos de lavado de nuestros juveniles cerebros.

En tiempos más recientes hemos visto, a veces, que las cosas no siempre eran así. No se trata de preocuparnos porque los adolescentes de hoy parezcan querer tomar con fuerza en sus manos el timón de lo que ordena sus vidas. Lo que preocupa es la ingenuidad de muchas de sus propuestas y la injerencia externa, ajena a la autonomía de la institución educativa. A veces se hizo notoria la manipulación subliminal, la utilización de ideas simplistas y pseudo sagradas, y de otras trampas propias de los liderazgos demagógicos, la creación de significantes ambiguos, a menudo perversos, la masificación adolescente y otros métodos de manipulación del nihilismo autoritario. Estas dificultades no se originan casi nunca en maestros o alumnos, sino en fallas históricas de cimentación y construcción de la democracia en el cuerpo cívico de nuestro país.

La misión del Colegio ha sido, es, y será siempre, cuidar de que no se críen aprendices de brujos. Lo que caracteriza a este simpático personaje de la obra de Paul Dukas no es tanto su ignorancia de las leyes de la magia y su ineptitud al aplicarlas, sino su ingenuidad. Cree que con sólo abrir un libro y repetir una fórmula mágica va a lograr lo que a otros, más avezados, entre alambiques y probetas, les ha llevado años destilar, sopesar, descartar y, finalmente, adoptar. No es consciente de que está siendo manejado por fuerzas, en ese caso cósmicas, muy superiores a su dominio. Como todo adolescente que se respete, cree que su maestro es tonto. Sin embargo, en el fondo de su mente anida la idea de que si algo realmente se desborda, siempre llegará el Gran Mago para sacar las castañas del fuego. La vívida representación del esencial conflicto paterno-filial ha hecho popular esta figura. La labor del Colegio consiste en convencerlo, primero de que no sabe mucho, de que está aprendiendo, pero también de que en la vida no habrá rescate, de que cada uno es

responsable de lo que emprende y del camino que se ha trazado, de que, como decía con precisión poética Amado Nervo, cada cual es el arquitecto de su propio destino.

Esto es algo de lo mucho que nos dio el Colegio a los de nuestra camada. Y por ello le debemos estar eternamente agradecidos.

Creo que expreso el sentir de todos cuando aquí termino diciendo, muchas gracias, querido Colegio, muchas gracias, queridos maestros.